



INTRODUCCIÓN

COMISIONADO, por la Secretaría de Justicia é Instrucción Pública, para visitar los monumentos arqueológicos conocidos con el nombre de "Chicomostoc," ruinas de los edificios en la hacienda de "La Quemada" (Zacatecas), y al mismo tiempo para que nombrara un guardián que cuidase de su conservación, me trasladé á la referida hacienda acompañado de mi hijo Salvador, en donde fuimos recibidos con franca y leal hospitalidad por el dueño de la finca, Sr. D. Ildefonso Franco, su amable señora

y distinguido hijo Juan, quienes, desde luego, me proporcionaron cuanto podía necesitar para llevar á cabo mi visita.

Salimos de "La Quemada," y después de caminar cuarenta minutos rumbo al Norte, cruzando tierras de labor, llegamos al pie del cerro de los edificios. Desde luego comprendí que aquellas colosales construcciones sintetizaban la grandeza de un pueblo que, siguiendo la costumbre de los pueblos primitivos, elevaba atrevidas fábricas, dignas de la majestad de sus dioses. Esos pueblos que no creían en la unidad de un Ser Supremo, tenían que multiplicar sus esfuerzos para satisfacer á cada una de las muchas deidades que constituían su olimpo. Las ruinas de "La Quemada" responden á esa exigencia, pues no sólo un templo tiene, sino muchos.

Los muros descarnados hoy, y entonces cubiertos de finísimos estucados, obra de la habilidad de aquellos obreros y artistas fanáticos en su trabajo para agradar á sus ídolos, y alcanzar la tan deseada bienaventuranza en el mundo de la obscuridad, deben de haber presentado un aspecto imponente, fantástico y grandioso cuando estaba en su apogeo.

La ascensión á los edificios es verdaderamente difícil y se puede decir peligrosa, pues las escaleras que conducían á las plataformas en que se hallan los templos y las habitaciones, están casi destruídas; el lugar que ocupaban los peldaños, son derrumbaderos por los cuales se trepa haciendo esfuerzos gimnásticos. Maravíllase uno al pensar cómo pudieron los constructores de esa ciudad, edificar las ex-

tensas y altas cortinas de defensa que forman, al mismo tiempo, los muros de sostén de las amplias plataformas colocadas en el cantil del cerro. ¿A dónde apoyaron y afianzaron sus andamios aquellos aéreos albañiles? y digo aéreos, porque deben de haber estado suspendidos con cuerdas para hacer tan difícil labor.

Las cortinas á que me he referido, se desplantan al borde de los precipicios á una altura de 80 metros sobre el nivel del suelo.

A medida que avanzaba en mi visita, mis ojos se fijaban en los intersticios de las piedras de la antigua construcción, buscando los famosos *crótalos* de que tantas cosas nos cuentan los visitantes de aquellas ruinas, asegurando que tenían que esperar la estación de invierno para arriesgarse á visitarlas, por ser esa la única época del año en que era posible hacerlo, pues los reptiles, adormecidos en sus guaridas, permitían entonces al turista llevar su planta por tan peligrosos lugares; y tal conseja llegó á difundirse, al grado que algunos visitantes, temerosos de perecer víctimas de alguno de los terribles descendientes de la seductora de Eva, se conformaron sólo con admirar los monumentos desde el pie de la pequeña montaña en que se encuentran.

Yo, por mi parte, aseguro que sin embargo de haber subido y bajado sin preocupación por entre las viejas construcciones, no ví, no digo culebras, pero ni siquiera huella de que pudieran existir en ese lugar. Tomé informes con los vaqueros que cuidan el ganado que vaga en el cerro en que

están los edificios, y ellos me contestaron: "No, señor, no hay víboras aquí; tenemos muchos años de cuidar el ganado en este lugar y de venir todos los días, y le aseguramos á Ud. que si hemos visto una culebra en un año, ha sido mucho." ¡Cuánto cría la fantasía humana! Por desgracia, todo lo que se ha dicho respecto de estos monumentos es tan fantástico, como la decantada irrupción de culebras.

Precisar la antigüedad de aquellos testigos de piedra, es imposible; conformémonos pues, con poder designar quiénes fueron los fundadores.

Los dos puntos á que se refiere la orden de mi Jefe, fueron cumplidos: visité las ruinas y nombré el guardián que las cuida hoy.

México, Abril de 1903.

LEOPOLDO BATRES.



RESEÑA HISTÓRICA

LAS ruinas de "La Quemada" son muy conocidas desde hace muchos años entre los hombres de estudio y aún entre algunos profanos. Han sido el objeto de extrañas conjeturas y se les ha señalado como punto de partida de las famosas siete tribus; pero, á decir verdad, hasta hoy no se les ha estudiado de un modo científico, sino que han servido simplemente de tema para que los turistas que las han visitado den vuelo á su imaginación.

Torquemada en su "Monarquía Indiana," tomo I, 1.^a columna, pág. 81, dice, al referirse á la inmigración de las cuatro ó nueve tribus que vinieron del Norte y que iban dejando en las mansiones mucha gente: "así de viejos como de otras gentes mozas, que por razón de algunas suficientes